

PREGUNTA.- Arquitecto y escritor son dos profesiones que, de entrada, no parecen casar mucho. ¿Cómo se inició en el arte de escribir?

RESPUESTA.- Pues sí, tengo esa tendencia o ese vicio y, además, me considero escritor de todo. Es verdad que empecé a escribir sobre temas relacionados con el ámbito de la arquitectura, el urbanismo, la historia de la arquitectura..., pero en mis intereses anidaba el veneno de la ficción y, poco a poco, fui abriendo algunos territorios. Al final la escritura, con independencia de los géneros, parte de un tronco común y yo he explorado esas posibilidades a través de cuentos, novelas cortas, otra más larga... fundamentalmente en el campo de un ensayismo complejo o transversal.

Mis primeros libros los publiqué en la Biblioteca de Autores Manchegos y, en su momento fueron malentendidos o malinterpretados. "El sentido de la mirada" y "El jardín abandonado", eran una reflexión sobre las artes plásticas de Ciudad Real en la segunda mitad del Siglo XX que, fundamentalmente, partían de una revisión de ese pasado de la historia de las artes plásticas, sobre todo de la pintura, a partir de varias fuentes hemerográficas, sobre todo del Diario Lanza.

Por una serie de circunstancias cayeron en mis manos algunos recortes de prensa, de los años 50, de una sección que Lanza publicaba los jueves, que se llamaba "Artes, letras y música" y, a partir de ahí, empecé a indagar y salió aquello. Esto sería un ejemplo de ese ensayismo transversal, no era ni una historia del arte al uso ni una reflexión historiográfica sino que era una suma de lecturas trasversales de aquellos años.

P.- ¿Cuántos libros tiene publicados hasta la fecha?

R.- Libros propios míos me parece que 16. Lo último que va a salir, que está todavía en el horno, es un trabajo sobre la Plaza Mayor de Ciudad Real, publicado por Serendipia, que se está retrasando por las circunstancias que vivimos. Además, a lo largo de mi vida he colaborado en multitud de obras colectivas, alrededor de 30 y he publicado más de un centenar de trabajos en revistas. Siempre he simultaneado la escritura con mi profesión y ahora, ya jubilado, tengo más tiempo.

P.- ¿Cuándo comienza ese placer por la lectura? ¿Cuáles fueron los primeros libros que cayeron en sus manos?

R.- En la infancia, en la juventud, con aquellas famosas Colecciones Historia, todavía conservo algunos, que eran adaptaciones de textos clásicos para niños, por ejemplo, de Julio Verne o Robert Louis Stevenson, en las que se realizaba una síntesis del texto original e incorporaban ilustraciones de lo que estabas leyendo; era un manera de propiciar la inmersión en la historia

que te estaban contando en dos registros: el gráfico y el escrito.

Yo creo que eso fue lo a mí me enganchó, me los regalaban por Reyes o por cumpleaños y, todavía, tengo algunos por ahí en lo que era cochera que, ahora, es almacén de muchas cosas. Creo que este fue el primer paso.

Luego fui creciendo y picoteando y modelando mis propios gustos. Hay una inflexión hacia 1967, por lo menos para mi generación, con la aparición del libro de bolsillo de Alianza Editorial, con aquellos libros que apadrinó Jaime Salinas cuando empezó a dirigir Alianza y que contó con el dedo mágico del diseñador gráfico Daniel Gil que estableció una complicidad visual tremenda con los contenidos. Es un ejemplo de lo que luego vendría con grandes diseñadores de portadas de libros.



Costaban 50 pesetas entonces y te permitía acceder a autores que no estaban al alcance de cualquiera y, mucho menos, de esas 50 pesetas. Se podía leer a Freud o a Oscar Wilde en una edición de lujo como era Biblioteca Nueva. Ése es el momento más nítido donde empieza a fundamentarse ya la lectura de madurez y, a partir de ahí, se fueron abriendo las avenidas.

P.- ¿Y por la escritura?

R.- Cuando a Juan Veredas, un ingeniero y escritor al que tengo una especial devoción, le preguntaban sobre su escritura decía que había escrito muchos informes y memorias de proyectos, es decir, que hay una práctica formativa del propio trabajo proyectual que va unido a la escritura, uno tiene que contar lo que va a hacer, con qué medios, etc, luego la escritura está inherentemente en los orígenes de mi desarrollo formativo.

La arquitectura, por otra parte, no tiene solo las imágenes o la realidad construida también los relatos. La arquitectura hay que contarla. Por eso están las grandes historiografías del Siglo XX que nos permiten, quizá, entender más y mejor la arquitectura que por contacto directo con la obra. La arquitectura también es pensamiento, como decía Alejandro de la Sota. Todo eso hay que saber contar, transmitirlo, por lo tanto no están muy reñidas las realidades del pensamiento arquitectónico y el pensamiento escrito.

P.- ¿Cuándo comenzó a publicar sus primeros escritos?

R.- Mi primer trabajo, con cierta visibilidad, es el del año 1981, en la Revista Almud en la que yo estaba representado en el Consejo de Redacción, y era sobre la Plaza Mayor de Ciudad Real. En 1979 empecé mandando al Diario Lanza, por sugerencia de Norberto Dotor, el entonces director de la Galería Fúcares, reseñas, críticas, etc, de las exposiciones que él hacía.

Los primeros escritos, diseminados y sueltos, tienen esa datación de 1979, en 1981 en cuerpo de revista y de 1983 en adelante realicé colaboraciones sistemáticas en la revista Mancha y Plano, editada por la Diputación en la época de Manolo Muñoz, y de periodicidad mensual, de información cultural, política, y yo allí tocaba, básicamente, cuestiones de arquitectura. Creo que es en 1980 cuando empieza un poco a cimentarse mi vocación por escribir.

En 1991 publiqué "Memoria de Cosa. Signos y señas de identidad de Castilla-la Mancha", en la editorial Celeste que fue la semilla de Almud Ediciones, un libro al que le tengo mucho cariño. La pretensión inicial era que fuera un trabajo abierto y colectivo y, al final, solo me animé yo. Los trabajos se fueron publicando en la revista y luego dieron

salida a ese libro.

Me interesa La Mancha pero no al nivel castizo que hay. En el año 2005, en la revista Formas del Colegio de Arquitectos, con la que entonces yo colaboraba, era miembro del consejo de redacción y luego fui su director, hicimos un extraordinario del Quijote y yo publiqué dos reflexiones al respecto, una sobre la arquitectura del Quijote, referida, en concreto, a qué cuenta Cervantes en su obra a propósito de la arquitectura. Estuvo en Roma, lo sabemos, incluso habla de una obra extraordinaria, del II Siglo Antes de Cristo, como es el Panteón de Agripa.

Junto a eso y a la alucinación en la cueva de Montesinos, Cervantes da muchas posibilidades. Yo reivindicaba más la universalidad del pensamiento de Cervantes y traté de hacer una reflexión, apoyándome en la